

LAS DANZAS

DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA EN EL SIGLO XIX

Beatriz Rossells

En la historia social de los agitados años de las revueltas y la gestación y consecución de la independencia en los países de América del Sur, entre 1809 y 1825, una serie de informaciones documentan los bailes a los que asistían San Martín, Bolívar, Sucre y otros héroes libertarios y los altos jefes militares de la campaña independentista, como parte de los homenajes con los que eran recibidos en las ciudades y pueblos. En esas reuniones tuvieron gran éxito además de las danzas europeas de moda, las danzas de la Independencia, representativas de la “Patria Americana” por la que luchaban.

Ya Bolívar proclamó en 1815: “Para nosotros la Patria es la América”. En la lucha contra España, los futuros países de la región se consideraron una sola nación, “la nación americana”, que en el contexto de la guerra contra España se convirtió en un rasgo fundamental de identidad como sentimiento de pertenencia a un mismo conjunto político, con elementos compartidos del orden político, cultural y religioso, dice François Xavier Guerra. A este imaginario correspondieron la música y los bailes, que siendo de origen español se convirtieron a lo largo de los años en americanos, dentro del proceso de mestizaje ocurrido en el largo período colonial, fuertemente acentuados en el período de la revolución independentista. No parecía extraño que jefes y soldados cantaran y bailaran las danzas de sus regiones en los períodos de descanso y al trasladarse a otras las llevaran y allí aprendieran nuevas, produciéndose un gran intercambio cultural a escala humana y real.

De las danzas españolas llegadas en los primeros siglos de la colonia, desde la gallarda, el canario, la zarabanda, el fandango, la gavota, y más tarde la contradanza, las cuadrillas y lanceros, la contradanza fue una de las más influyentes. De ella derivaron los bailes de parejas interdependientes: el Pericón, el Cielito y la Media Caña.

Una gran riqueza de danzas se estableció en la primera mitad del siglo XIX, del tipo señorial de pareja como la Condición, el Cuando, el Montonero y la Sajuriana, derivadas del Minué y la Gavota. Las picarescas o apicaradas que son alrededor de cincuenta, entre ellas, la Mariquita, la Huella, la Firmeza, el Triunfo, el Gato, las del grupo de la Zamacueca, denominada después Cueca, Zamba, Moza Mala. La Pala pala, el Llanto, el Bailecito, la Chacarera. Muchas de ellas fueron efímeras y desaparecieron, otras se transformaron.

Según Carlos Vega, “El cielito fue el gran canto popular de la Independencia. Atraído por la revolución, vino de las



pampas bonaerenses, ascendió a los estrados, se incorporó a los ejércitos y difundió por Sudamérica su enardecido grito rural”. Los ejércitos del Sur y los del Norte cruzaron territorios con sus bandas y músicas. El patriótico Cielito fue desde la Argentina a Chile y Bolivia. Los regimientos 1 y 2 de Patricios que reforzaron a Belgrano, vencedor de la batalla de Salta, entraron a Potosí en mayo de 1813. Después de una derrota, los soldados descansaron en las ciudades de Potosí y Chuquisaca. De allí surgió el canto “El cielito, bayle de Potosí”, cuyo estribillo dice: Ay Cielo cielo que sí / Cielito de Potosí.

El ejército de Bolívar, integrado por tropas de la Gran Colombia, marchó rumbo a los Andes con sus regimientos, a cuya vanguardia iban las bandas de música militar. Su participación fue extraordinaria en la Batalla de Ayacucho, en 1824, que marcó el fin del dominio español. En ese campo de guerra, la banda del Batallón Voltígeros de Colombia, a la orden dada por su comandante, irrumpió tocando con fuerza y brío extraordinarios aires nacionales de Colombia —Bambucos—, contribuyendo así a la victoria. Asimismo, las bandas del Batallón colombiano Vencedores y del Batallón Legión Peruana N° 1, durante el combate interpretaron marchas militares y música de sus países.

Los bailes de la Independencia reinaron en el territorio de la “Patria Americana”, desde Puerto Rico a Uruguay, Argentina y Chile, el Bajo y Alto Perú y la Gran Colombia, que implicaba a los actuales países de Ecuador, Panamá, Colombia y Venezuela. Sin embargo, la creciente regionalización generada por el movimiento independentista comenzó a promover la nacionalización de las formas musicales. Mientras en Colombia se arraigaba el Bambuco; en la Argentina el Gato, el Triunfo y la Chacarera; la Zamacueca se establecía en Perú y Chile y también en Bolivia y la Argentina, con diferentes nombres y características. Ya fundadas las repúblicas y a lo largo del siglo XIX y principios del XX, estas danzas cargadas de connotaciones patrióticas del imaginario nacional se consolidaban, cristalizándose como géneros representativos y parte del sistema de símbolos de cada país. ☐

Beatriz Rossells. Boliviana, con estudios de Antropología en la Universidad de Cambridge, Inglaterra y la Universidad de París XVIII, candidata al doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Docente e investigadora del Instituto de Estudios Bolivianos, Universidad Mayor de San Andrés de La Paz. Autora de *La Gastronomía en Potosí y Charcas siglos XVIII, XIX y XX* (reedición) 2003. *Caymari vida. La emergencia de la música popular en Charcas* y otras publicaciones sobre la música popular y la cultura en Bolivia.